

Migración y patrones residenciales en el Neuquén aluvional (1960-1990).

Joaquín Perren.

Cita:

Joaquín Perren (2007). *Migración y patrones residenciales en el Neuquén aluvional (1960-1990)*. IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Huerta Grande, Córdoba.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/ixjornadasaepa/81>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eqfA/9u2>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

IX Jornadas Argentinas de Estudios de la Población.

Córdoba, 31 de Octubre, 1 y 2 de Noviembre de 2007.

Sesión Regional-Mesa 14: Aspectos socio-demográficos de la Patagonia.

Coordinadora: Ana Carolina Herrero (Dirección Provincial de Estadística de Neuquén)

Título de la Ponencia:

Migraciones y patrones residenciales en el Neuquén aluvional (1960-1990).

Autor de la Ponencia:

Joaquín Perren. Centro de Estudios de Historia Regional. Universidad Nacional del Comahue. Becario doctoral del CONICET. Illia 416-Neuquen (CP. 8300).
joaquinperren@hotmail.com o joaquinperren@gmail.com .

Resumen:

En los años sesenta, Germani utilizó los patrones residenciales como llave para explicar la rápida asimilación de los inmigrantes a la sociedad argentina. Pese a servir de catalizador a una frondosa producción, esta inquietud pocas veces avanzó más allá de la región pampeana y del límite impuesto por la clausura del ciclo inmigratorio masivo. Por esta razón, Neuquén constituye un interesante lugar desde donde observar los patrones habitacionales desplegados en ciudades que tuvieron su hora de crecimiento con la difusión del recetario desarrollista. No se trata de examinar esta problemática de forma aislada, sin contemplar las relaciones que mantuvo con otros factores de gran valor explicativo. En el dialogo entre lugar de nacimiento, ocupación y la ecología urbana neuquina encontramos un medio para las explorar las relaciones entre lo macro y lo micro desde un novedoso lugar. Apartados del tentador impulso de generalizar a partir del estudio de una red, intentaremos individualizar las condiciones que sirvieron de sustrato para la acción de los individuos que las integraban. Con este objetivo general describiremos, en primer lugar, el paisaje urbano neuquino a fin de señalar las continuidades y cambios en el periodo 1960-1990. En una segunda parte, se presenta un esbozo de los asentamientos de los migrantes en un esfuerzo por comprender la ecología urbana neuquina para ese periodo. Por ultimo, abordaremos la segregación y centralización espacial, analizando el impacto que en esos indicadores tuvieron en el estrato social y el lugar de origen.

Migraciones y patrones residenciales en el Neuquén aluvional (1960-1990).

Joaquín Perren*

Este trabajo intenta abordar lo que constituye el primer paso de un largo tránsito que desemboca en la integración urbana de los migrantes. Es cierto que el punto de llegada de este recorrido se conecta con la movilidad ocupacional intra e intergeneracional, el acceso a la vivienda propia o la acentuación de comportamientos demográficos de nuevo cuño (Gribaudo, 1987). Todos estos fenómenos, sin embargo, no se produjeron en el vacío y, mucho menos, por fuera de las relaciones que dieron forma al mercado laboral neuquino. Por el contrario, los migrantes dialogaron con un espacio que ofrecía oportunidades y limitaciones, aunque ambos no estaban uniformemente distribuidos en toda su extensión. Cualquier relación lineal entre formas de asentamiento y posibilidad de hilvanar una trayectoria exitosa sería, desde luego, caprichosa, pero también lo sería una postulación que hiciera oídos sordos a los condicionamientos espaciales. En este sentido, no estaría mal si afirmáramos, junto a Otero y Pellegrino, que el “espacio geográfico es siempre un espacio socialmente articulado y no un espacio euclidiano isomórfico” (2004: 45).

Dicho de otro modo, abordaremos el problema de la inserción de los migrantes desde un ángulo diferente, aunque no separado de la distribución ocupacional que consideramos en otro trabajo (Perren, 2007). Encontrar trabajo y un lugar donde vivir fueron aquellas preocupaciones que desvelaron a los migrantes, inclusive antes que llegaran a la ciudad. No podríamos decir que el estudio de la segunda problemática constituya una novedad dentro de la amplia literatura sobre migraciones. En los años sesenta, antes de la formación de un campo académico dedicado a estos temas, Germani posó su mirada en los patrones residenciales como una clave para explicar la rápida asimilación de los inmigrantes a la sociedad anfitriona (Germani, 1955, 1962 y 1963). Pese a actuar como catalizador de una frondosa producción científica, esta valiosa inquietud pocas veces avanzó más allá de la región pampeana y, menos aun, cruzó el límite impuesto por la clausura del ciclo inmigratorio masivo. La fuerza de esta doble limitación, tanto temporal como espacial, impidió que esa preocupación se trasladara a

* CEHiR-UNCo/CONICET

escenarios urbanos alejados del centro de gravedad del país, cuya explosión demográfica no estuvo relacionada con la expansión agropecuaria.

Neuquén es, por este motivo, una interesante plataforma desde donde observar los patrones habitacionales desplegados en ciudades que tuvieron su hora de mayor crecimiento con la difusión del recetario desarrollista. Pero no se trata de examinar esa problemática de forma aislada, sin contemplar las relaciones que necesariamente mantenía con otros factores de gran valor explicativo. En el dialogo entre lugar de nacimiento, ocupación y la ecología urbana neuquina encontramos un medio para las explorar las relaciones entre lo macro y lo micro desde un novedoso lugar. Apartados del tentador impulso de generalizar a partir del estudio de una red social, intentaremos individualizar las condiciones que sirvieron de base para la acción de los individuos que las integraban. Aunque pueda parecer una apostasía, creemos que la ubicación en el tejido urbano no puede derivarse de un complejo y variado conjunto de microrredes no siempre conectadas entre si (Otero y Pellegrino, 2004: 46). Conviene, en todo caso, realizar el movimiento inverso: a partir del cruce de grandes variables deducir el registro de posibilidades a disposición de los migrantes.

Con esa idea iniciaremos un recorrido que presenta algunas paradas intermedias. En primer lugar, describiremos el paisaje urbano neuquino a fin de señalar las continuidades que arrastraba desde la etapa territorialiana y las transformaciones que lo afectaron luego de 1970. Las siguientes secciones exhiben un esbozo de los asentamientos de los migrantes en un esfuerzo por comprender la ecología urbana neuquina para ese periodo. Con ese propósito abordaremos la segregación y concentración espacial, analizando el impacto que en esos indicadores tuvieron el estrato social y el lugar de origen.

Para realizar este estudio utilizaremos un corpus de dos mil quinientas actas matrimoniales extraídas del Archivo del Registro Civil de Neuquén. Esta clase de documentación nos ofrece un enorme caudal de información que, alejada del “orden de los tabulados”, permite realizar agrupamientos *ad hoc*, muy útiles para examinar la residencia y las competencias de ciertos grupos migratorios. A esto debemos sumar un *plus* adicional, muy tentador como para ser abandonado: la muestra diseñada nos ilustra sobre una población que recorre los diferentes estratos de la sociedad neuquina¹.

¹ La muestra esta compuesta por todas las actas matrimoniales cuyo contrayente masculino tenga a las letras C, G o M como inicial de su apellido. Pese al tamaño del relevamiento (2598 actas), la documentación registrada en ocasión del contraer nupcias nos brinda información confiable sobre una

1. Del “pueblo chico” a la “puerta de oro del sur”: de los sesenta a los noventa.

Entre 1960 y 1990, Neuquén se incorporó al escenario urbano argentino con un enorme vigor y a una impresionante velocidad. En la década de 1950, su población estaba a la par de otras ciudades del Alto Valle de Río Negro y todavía a una enorme distancia de Comodoro Rivadavia (Vapnarsky y Pantelides, 1987: 30). A comienzos de los noventa, Neuquén tenía más habitantes que cualquier otra ciudad patagónica. A mediados del siglo XX, no menos de cincuenta ciudades argentinas, desde Jujuy hasta Santa Rosa y desde Posadas hasta San Rafael, superaban su número de habitantes. En 1991, se ubicaba, con un ritmo de crecimiento sólo superado por Ushuaia, entre los quince núcleos urbanos más importantes del país (Vapnarsky, 1995: 236-237). Este despegue demográfico fue acompañado por una expansión geográfica constante que fue posible gracias al avance de la ciudad sobre las áreas productivas y –sobre todo- las áridas tierras del oeste. A comienzos de los noventa, la ciudad tenía aproximadamente 18 km² y contaba con más de 1100 manzanas urbanizadas². Estas cifras contrastan con los humildes 9 km² y las 500 manzanas de 1960.

El desarrollo de la infraestructura corrió paralela a la expansión de planta urbana neuquina. Todas aquellas tendencias que comenzaban a dibujarse en los sesenta cobraron una mayor nitidez. El incremento del tránsito vehicular puede que sea un buen termómetro para medir la complejización de la dinámica urbana neuquina. Un primer dato es en sí mismo esclarecedor: el pintoresco ritual de desembarco de animales en la estación de ferrocarril y el tránsito de hacienda por las calles céntricas de la ciudad se había transformado en un lejano recuerdo³. A comienzos de los ochenta, las autoridades municipales declaraban, no sin asombro, que “todas las previsiones (en materia de tránsito) que pudieron haber tenido las autoridades comunales diez, quince o veinte

porción del espectro de la movilidad territorial. Si bien nos aproxima a los migrantes que decidieron establecerse en la ciudad por un considerable lapso de tiempo, fundamentales para el estudio de procesos de integración, nos dice muy poco sobre otras variedades migratorias. Las migraciones temporales o permanentes, especialmente ligadas a la fruticultura y a la construcción de grandes obras, son fenómenos que escapan a una observación basada en las actas matrimoniales y, por lo general, a cualquier análisis basado en documentación nominal. Lo mismo sucede con los *commuters*. Esta categoría, en gran medida histórica, incluye a quienes, pese a desarrollar su vida profesional en una ciudad, tienen su domicilio en otra que le permite acceder a la propiedad o bien a un costo de vida menos elevado. De todos modos, el acceso generalizado a la propiedad urbana, tanto por la vía de la compra o bien por medio de una ocupación *ad hoc*, restaba chances a poblados cercanos de consolidarse como receptoras de población en tránsito. La escasa calidad de las declaraciones femeninas nos obligan a realizar el presente estudio a partir de la ocupación del novio, tomando este indicador como reflejo de la situación socio-económica de la unidad familiar.

² Archivo Histórico del Municipio de Neuquén (en adelante AHMN), Resumen de Gestión, p. 70.

³ AHMN, *Resumen de Gestión de Gobierno (1958-1961)*, Municipalidad de la Capital, p. 25.

años atrás, habían sido superadas por el vertiginoso crecimiento de la ciudad”⁴. Las primeras medidas tomadas a comienzos de los sesenta resultaban a todas luces insuficientes. Aquel puñado de automóviles registrados por el Municipio en los años finales del territorio nacional mudó a 10.000 en menos a treinta años. Compartían las calles neuquinas con más de cinco mil utilitarios, motocicletas, un centenar de ómnibus, un novedoso servicio de “autos al instante” y, por supuesto, una creciente cantidad de taxímetros⁵. Frente a esta situación, el equipamiento urbano no pudo resistirse a una batería de transformaciones. La aparición en escena de dispositivos antes desconocidos -como rotondas, dársenas, arterias exclusivas para tránsito pesado y calles de sentido único-, dieron forma a un sistema de circulación bastante más sofisticado que el territorialiano⁶.

A medida que la población neuquina fue creciendo, los organismos públicos comenzaron a sacar provecho de un recurso abundante. Aunque parezca curioso, el agua había sido un producto de uso restringido en la confluencia de dos de los ríos más importantes de la Argentina. Los neuquinos de mediados de siglo consideraban al agua potable como un líquido precioso cuyo uso debía ser dosificado en extremo. Para quienes podían pagarlo, la municipalidad había puesto en marcha un servicio de transporte de agua que llevaba este recurso vital a los diferentes vecindarios que se abrían paso en la periferia de la ciudad. En otros lugares, más integrados a la malla urbana, el servicio de agua se reducía a canillas comunitarias que obligaban a la población a realizar enormes rodeos para cubrir las necesidades básicas de consumo. Los problemas de abastecimiento eran tales que un periodista insistía, en su columna de noticias regionales, sobre “la angustiante falta de agua en los barrios neuquinos”, acusando de ello a los “muchos proyectos que dormían en los burocráticos archivos de la administración”⁷. Con el correr de los años, los problemas de abastecimiento fueron parcialmente revertidos. La extensión de las cañerías y la instalación de bombas más potentes permitieron multiplicar el consumo *per capita* del otrora cotizado recurso.

⁴ AHMN, *Resumen anual de gestión. Periodo 1981*, Municipalidad de Neuquén, p. 19.

⁵ AHMN, *Resumen de Gestión 1981*, p. 70. Honorable Consejo deliberante de la ciudad de Neuquén (en adelante HCDN), *Digesto*, Ordenanza 684/73, p. 1. Sobre estos últimos, sólo hace falta decir que la gran demanda de traslados alentó el otorgamiento de nuevas licencias y la apertura de nuevas paradas: los treinta y cinco vehículos que, hacia mediados de los sesenta, circulaban por las calles neuquinas se transformaron en más de un centenar y el número de paradas se quintuplicó entre 1958 y 1991. HCDN, ordenanzas: 885, 905, 2170, 2232, 2298, 2686, 2847, 3065, 3224, 3766.

⁶ AHMN, *Resumen anual de gestión de gobierno municipal. Periodo 1980...*, op cit, p. 49.

⁷ *Diario Sur Argentino*, “El crecimiento de la ciudad y una variada gama de prioridades”, Neuquén, 12 de junio de 1978, p. 3.

Para comienzos de los ochenta, la raquítica red de agua potable de los primeros años de la provincia se había convertido en un sistema que, con una longitud superior a los 200 kilómetros, llegaba a los vecindarios más alejados de la ciudad⁸.

A medida que fue cobrando vigor la extensión del tendido de cañerías, otro tanto ocurría con la red de desagües. A mediados del siglo XX eran habituales las quejas de los vecinos sobre la falta de drenajes adecuados. Cuando las periódicas lluvias azotaban a la ciudad, la ausencia de aquellos hacía imposible el tránsito por la mayoría de las calles neuquinas. Sólo veinte años después, el acondicionamiento de los desagües existentes, la construcción de nuevas vías de escurrimiento y la puesta en marcha de diferentes obras de saneamiento, habían vuelto cada vez más esporádicas a las “avenidas de agua y barro”. En lo referido a las cloacas, los avances fueron igualmente significativos. Ese paisaje surcado por innumerables hilos de agua servida fue desplazado por una red cloacal con una extensión aproximada de 65 kilómetros⁹. Con todo, este crecimiento fue a la zaga del desarrollo de la red de agua corriente y, por ese motivo, los inconvenientes no desaparecieron por completo. En las áreas periféricas, los vecinos todavía sufrían “las consecuencias de una red de poco diámetro que se obstruían fácilmente, ocasionando serios problemas sanitarios en la población”¹⁰.

Las profundas transformaciones que irrumpían en el paisaje neuquino dejaron su huella en el sistema público de pasajeros. A medida que el crecimiento de la ciudad sumaba nuevos territorios, la necesidad de contar con un servicio de transporte fue ganando espacio en la agenda de prioridades. Los primeros pasos en esa dirección fueron dados en los tempranos sesenta. Por aquellos años habían sido autorizadas dos líneas que conectaban el centro de la ciudad con algunos de los vecindarios más retirados¹¹. A menos de una década de la habilitación de estos servicios, la red de transportes neuquina se encontraba al borde del colapso. En 1973, los concejales llamaban la atención sobre el “grave problema que constituye el traslado de vecinos de esta capital” y sobre la urgencia de “realizar modificaciones de fondo en las estructuras

⁸ AHMN, *Resumen de Gestión*, 1981, p. 70.

⁹ AHMN, *Resumen de Gestión*, 1981, p. 70.

¹⁰ *Diario Sur Argentino*, Neuquén, 12 de junio de 1978, p. 3.

¹¹ Una de ellas llegaba al sector de chacras de Valentina, en el confín occidental de la ciudad; mientras que la otra tenía su cabecera en el Balneario Municipal, al sudeste de la planta urbana. Para la primera línea de colectivos: HCDN, Ordenanza 33/58 y Ordenanza 40/59. En el caso del recorrido que unía al centro neuquino con el Balneario Municipal: HCDN, Digesto Municipal, Ordenanza 144/61.

imperantes"¹². Precisamente con ese propósito, fueron anuladas las antiguas concesiones y fue puesto en marcha un nuevo sistema de transporte colectivo que hizo gala de una amplia variedad de recorridos. Las dos líneas originales fueron reemplazadas, primero, por seis itinerarios y, un año después, por los ocho ramales definitivos¹³.

La expansión radial y el desarrollo de la infraestructura de la ciudad permitió a Neuquén adquirir una de los rasgos decisivos de la modernización urbana: la especialización espacial (Moya, 2004: 170). Un sistema de transporte que extendía sus brazos permitió poner distancia entre el hogar y el trabajo. La combinación entre la extensión de las redes de aguas, cloacas y recolección de residuos, creó las condiciones para el traslado de muchos hacia áreas poco tentadoras algún tiempo atrás. Los barrios cercanos al centro, ahora atendidos por una amplia gama de servicios, se consolidaron desde el punto de vista urbanístico, perdiendo en ese tránsito su característico aroma a campamento provisorio. El Barrio Nuevo, Villa Farell, Villa Florencia o Belgrano, pero especialmente los nuevos barrios contiguos al Centro (Santa Genoveva, Alta Barda y Cumelen), se habían sumado al tejido urbano contando con muchas de las características que, durante los sesenta, habían sido exclusiva propiedad del damero original de la ciudad.

Además de la sustancial mejoría de los barrios, otras áreas de la ciudad fueron delimitando sus funciones. Un distrito financiero, bautizado *microcentro* en un intento por acortar las distancias con los grandes centros urbanos argentinos, se extendía a lo largo de las tres primeras cuadras de la avenida más importante de la ciudad. La fiebre financiera de finales de los setenta actuó como verdadero *big bang* en la instalación de nuevas sucursales y de incentivo a la remodelación de las primeras entidades bancarias de la ciudad. También allí se edificaron las primeras torres que llevaron a algunos periodistas sostener -con cierta exageración- que Neuquén se estaba transformando en "la ciudad de los rascacielos"¹⁴. Al sur de esta zona, en el corazón del bajo, las calles Sarmiento y Alcorta se consolidaron como el principal paseo de compras de la ciudad. Sus ocho manzanas concentraban los primeros supermercados de la ciudad, hoteles de cierto relieve, y muchas de las firmas nacionales que desembarcaban en la región. La

¹² HCDN, Ordenanza 883/73, pp. 2-3.

¹³ Puede que un simple dato nos brinde algunos indicios sobre el calibre de esta expansión: si, a mediados del siglo XX, la red de transporte colectivo apenas alcanzaba los 27 kilómetros, para principios de los ochenta su extensión se había multiplicado cinco veces. HCDN, Ordenanza 963/74. pp. 17-23

¹⁴ *Diario Ecos Neuquinos*, Neuquén, 12 de setiembre de 1969, p. 4.

llegada de empresas de renombre en rubros como los electrodomésticos, la vestimenta de alta gama y el amoblamiento, fue quizás el principal síntoma de un proceso que se profundizaría en los noventa: la sofisticación de los gustos de la población había expulsado la venta de artículos de consumo diario hacia las áreas residenciales que rodeaban a los distritos comercial y financiero¹⁵.

La búsqueda de tierras a un menor costo y la normativa municipal empujaron a la industria hacia la periferia de la ciudad. Luego de la sanción del nuevo código de planeamiento urbano, tres fueron las áreas destinadas al sector secundario. Las dos primeras, que albergaban al nuevo parque industrial neuquino, concentraban los emprendimientos de mayor dimensión, muchos de los cuales se instalaron en la ciudad por las ventajas que otorgaba la ley provincial de promoción industrial. La tercera, emplazada en el oeste de la ciudad, estaba reservada a la pequeña industria, las manufacturas no industriales y los depósitos¹⁶. Así, aserraderos, hornos de ladrillos, herrerías y talleres mecánicos se concentraron en las cercanías de vecindarios que se incorporaban, en los ochenta, a la marea urbana neuquina.

La especialización funcional de ciertas zonas de la ciudad tuvo su correlato en materia habitacional. Conforme esa elite parroquiana de mediados de siglo proyectaba su mirada más allá de los límites provinciales, se fue conformando un vecindario exclusivo al noroeste del área céntrica. Aunque no se trataba de un *ghetto a la inversa*, tal como el modelo de Burgess sugería, lo más encumbrado de la sociedad neuquina se encontraba allí sobrerrepresentado. Para encontrar un fenómeno de las características insinuadas por el sociólogo norteamericano debemos internarnos en la década de los noventa, cuando los primeros “barrios cerrados” trajeron consigo pautas habitacionales –y por supuesto culturales- mucho más compactas.

Lo mismo podríamos decir de los sectores populares neuquinos. Siguiendo un tópico recurrente de los estudios urbanos, la segregación social siguió siendo el rasgo distintivo de la estructura de la ciudad. Un minucioso reporte, elaborado por la Secretaría de Obras Públicas, nos brinda un retrato de las condiciones de vida en las nuevas áreas periféricas de la ciudad:

“La *falta de comunicación* directa a los sectores de de asentamiento, la *carencia de servicios* de infraestructura, la *precariedad de la mayoría de las viviendas* y la *falta de ordenamiento*, acarrea serios

¹⁵ *Diario Río Negro*, “Recuperar el orden”, General Roca, 12 de septiembre de 1981, p. 6.

¹⁶ *Diario Río Negro*, “Recuperar...”, op cit, pp. 6 y 7.

trastornos de convivencia en el medio y como consecuencia un *aislamiento social, cultural y económico* de los centros urbanos desarrollados”¹⁷

Estos espacios albergaron la parte más baja de la pirámide social y, en especial, a trabajadores manuales que habían llegado a la ciudad atraídos por las opciones que ofrecía el mundo de la construcción. Siguiendo un patrón que ya tenía una larga tradición en la ciudad, se instalaron en terrenos fiscales reforzando una urbanización contrapuesta a la grilla. Sus calles estrechas e irregulares, que serpenteaban las ondulaciones del terreno, formaban manzanas de diversos tamaños y en su seno abundaban las viviendas atrapadas por la falta de planificación. En estas condiciones, no es extraño que estas “villas de emergencia”, como fueron llamadas por las autoridades municipales, presentaran un complejo cuadro de “hacinamiento y falta de salubridad”¹⁸.

El pasaje de la pequeña ciudad de los sesenta a la naciente metrópolis de fines de los ochenta ocultaba algunas continuidades. “La puerta de oro del sur”, al igual que el “pueblo chico”, dependía en gran medida del sector terciario. Aunque la industria creció de manera sostenida, lo hizo a un ritmo bastante menor al resto de la economía y, por ese motivo, nunca dejó de ser un engranaje secundario de la estructura productiva. Por fuera de algunas plantas de envergadura, todas ubicadas en el nuevo parque industrial, el paisaje estaba dominado por pequeños talleres que conservaban la forma de negocios familiares. Esta particularidad impidió que Neuquén pudiera replicar las grandes concentraciones de obreros de los centros más industrializados del país.

A pesar que la ciudad incorporó nuevos espacios, muchos de ellos difíciles de encasillar dentro de las tres áreas que analizamos para los sesenta, su estructura socio-geográfica permaneció sin grandes cambios. Aun lejos de la idea de un “centro incandescente” que, por sus condiciones de habitabilidad, empujaba a la población hacia áreas más alejadas de la ciudad, Neuquén se mostraba como una sucesión de franjas que perdían brillo conforme nos alejamos de las manzanas céntricas. Por ese motivo, mudarse en la periferia de la ciudad todavía era sinónimo de retroceso social y no precisamente el punto de llegada de una exitosa trayectoria laboral.

¹⁷ AHMN, *Asesoría técnica de normalización de asentamientos ilegales*, Secretaria de Obras Publicas, Municipalidad de Neuquén, 1983, folio 6.

¹⁸ AHMN, *Asesoría técnica...*, *op cit*, folio 6.

2. Los migrantes en el telescopio. Patrones habitacionales en “La Gran Puerta de Sur”.

La población migrante creció a un ritmo bastante superior que la ciudad en su conjunto. El puñado de migrantes que, en los sesenta, daba color a la estructura demográfica neuquina se convirtió hacia 1987 en más de cincuenta mil. Lo mismo ocurrió con su participación sobre el total de la ciudad: el porcentaje de habitantes nacido fuera de sus límites pasó de 28 a cerca del 40%. Los flujos migratorios, aunque no experimentaron grandes transformaciones, cambiaron levemente su composición. Los llegados de otras provincias argentinas alcanzaron, luego de dos décadas de crecimiento continuo, su máximo histórico: antes que finalizaran los años ochenta, conformaban más de la mitad de la población migrante (Toutoundjian y Vitoria, 1990: 64.). La otra mitad se repartía entre quienes arribaban de Chile y quienes lo hicieron del interior neuquino: mientras los primeros mantuvieron un comportamiento estable, asociado a un cúmulo de factores que permanecían en los espacios expulsores, los segundos perdieron importancia conforme la economía cordillerana fue recibiendo apoyo oficial. A pesar que la ganadería no volvió a ser un resorte productivo de importancia, el avance del estado provincial abrió posibilidades para una población que, poco tiempo antes, tenía al éxodo como primera –y prácticamente única- opción.

El notable incremento del número de migrantes en Neuquén trajo consigo algunos cambios en su distribución espacial. Como es lógico imaginar, su peso en cada uno de los espacios que conformaba la ciudad tuvo un explosivo crecimiento luego de 1970. Un recorrido por los diversos barrios y vecindarios nos ofrece evidencia en esa dirección: en todos ellos, la participación de los migrantes en edades activas se encontraba por encima del 70%. La contundencia de esta cifra oculta, sin embargo, una paleta muy rica en matices, sólo visible a través de los cocientes de ubicación. Gracias a éstos es posible conocer la relación entre la proporción de los migrantes residentes en un distrito y el porcentaje del resto de la población que habita en el mismo espacio (Moya, 2004: 173). El cuadro 1 indica que, entre 1970 y 1990, las nuevas áreas que se incorporaban a la orbita de la ciudad exhibían una mayor concentración de migrantes. Las zonas periféricas, a diferencias del consolidado centro neuquino, se presentaba como una seductora posibilidad para los recién llegados y, sobre todo, para quienes sobrevivían en los escalones inferiores de la estructura ocupacional. Una vez ocupados y regularizados los antiguos vecindarios, no quedaba para ellos otra opción que

asentarse en los bordes de la ciudad. Residir en las manzanas céntricas eliminaba toda chance de andamiar una trayectoria ascendente y, en peor de los casos, significaba caer en el abismo social. Ocupar una parcela en las nuevas áreas, aunque se traducía en condiciones de vida deplorables, permitía no restar recursos a la economía familiar. Al mismo tiempo, las relaciones “cara a cara” desarrolladas en esos espacios forjaban intrincadas redes de resolución de problemas que facilitaban su paulatina integración al tejido urbano neuquino. No es casual, entonces, que asentamientos como Don Bosco, Villa Ceferino o Islas Malvinas presentaran una mayor concentración de recién llegados. Con índices de 1,9, 2,3 y 3,7 respectivamente eran áreas, todavía menores en la estructura demográfica de la ciudad, pero con una población migrante claramente sobrerrepresentada.

El peso de los migrantes no sólo se restringía a lo que autoridades denominaban “villas de emergencia”. Los complejos habitacionales creados por el estado provincial son un segundo lugar donde divisamos una fuerte concentración de migrantes. La “ciudad satélite” de Alta Barda es un caso testigo de esta situación. Ubicada al norte del damero original, esta urbanización fue ideada como un área residencial que, con una amplia gama de servicios a su disposición, funcionaría de espaldas al resto de la ciudad. Su trazado “racional”, con calles que escapaban a la grilla y una densa trama de vías peatonales, albergaba una población ocupada mayoritariamente en empleos no manuales. Con un elevado porcentaje de profesionales, pero también un nutrido grupo de trabajadores no manuales bajos, replicaba el perfil ocupacional del área céntrica. Algo diferente eran las características de las viviendas construidas, sobre mediados de los ochenta, en la zona del San Lorenzo. A gran distancia del casco urbano antiguo, este complejo se comportaba como una isla que albergaba en porciones iguales a trabajadores manuales de diferente calificación y al peldaño más bajo del empleo no manual. Más allá sus notorias diferencias, evidentes a simple vista, ambos espacios compartían la elevada concentración de población migrante: mientras el primero lideraba el *ranking* con un cociente de ubicación cercano a 4, el segundo se aproximaba a 2.

Un párrafo aparte merecen, en este relato, las manzanas que dieron vida al centro neuquino. Aunque su concentración de migrantes no era elevada, de hecho se encontraba muy próxima a 1, su enorme peso demográfico hacía de ellas tierra de migrantes. El hecho que uno de cada cuatro migrantes decidiera instalarse en sus límites es una buena muestra de esto y nos pone frente a un comportamiento aun más

centralizado que durante los sesenta (recordemos que, en esos años, un quinto de los no nativos residía en el damero original). Y al igual que en los primeros años de la provincia, el grueso de quienes estaban empleados en los eslabones más fuertes de la estructura ocupacional, sin importar su origen migratorio, vivían a menos de quince cuadras del centro geográfico de la ciudad.

Otros barrios de la ciudad albergaron también una importante cantidad de migrantes. Pero a diferencia de los nuevos vecindarios periféricos, donde la concentración de migrantes era más relevante que su cantidad, en estos espacios la realidad pareciera circular por el carril inverso. Se trataba de áreas de antiguo asentamiento que vieron crecer su población en el momento más álgido del *boom* demográfico neuquino. En todos ellos, convivían áreas que sobrevivían desde los sesenta, en gran medida consolidadas, y otras ocupadas más recientemente en las cuales la precariedad era la norma. Gracias a este avance sobre nuevas tierras, imposible en otros sectores arrinconados por accidentes geográficos u obras de infraestructura, estos barrios lograron mejorar su participación en la población de la ciudad. Este es el caso del barrio Belgrano y del Progreso (con 10 y 7% del total de migrantes respectivamente)

Cuadro 1. Cociente de ubicación de la población migrante por barrios. Neuquen (1970-1990)

		%	LQ			%	LQ
1	ISLAS MALVINAS	3,0	3,7	14	PROGRESO	6,6	1,0
2	ALTA BARDA	1,6	3,3	15	MORENO	4,8	1,0
3	CEFERINO	2,9	2,3	16	NUEVO	5,4	1,0
4	DON BOSCO	3,6	1,9	17	CENTRO	24,0	0,9
5	SAN LORENZO	1,9	1,7	18	V.MARIA	3,2	0,8
6	P.UNI	0,5	1,6	19	BOUQUET	5,5	0,7
7	S.GENOVEVA	0,9	1,4	20	SIRENA	3,5	0,7
8	CONFLUENCIA	6,1	1,4	21	V.FLORENCIA	3,7	0,7
9	SAPERE	1,9	1,2	22	HUILICHES	0,5	0,6
10	P.INDUSTRIAL	0,7	1,1	23	VALENTINA	3,2	0,6
11	BELGRANO	10,5	1,1	24	V. FARRELL	2,3	0,6
12	CUMELÉN	1,2	1,1	25	CANAL V	0,7	0,0
13	LIMAY	1,8	1,1		TOTALES	100 (632)	

Fuente: Actas de la Dirección de Registro Civil de la Provincia de Neuquén.

Luego repasar la concentración de los migrantes en los diferentes espacios que conformaban a la ciudad, algo queda claro: los migrantes mostraban una mayor concentración en algunas de ellas, especialmente en aquellas que se incorporaban en la marea urbanizadora neuquina. Si tenemos en cuenta que tres de cada cuatro contrayentes habían nacido fuera de la ciudad, es muy complicado ver esa “piel de leopardo” que servía a Ganfolfo para explicar la disposición de los migrantes en el Buenos Aires del 900 (Da Orden, 1995: 99-100). En todo caso, y llevando esta imagen a su extremo, podríamos decir que, en Neuquén, las “manchas de migrantes” cubrían la

mayor parte del cuerpo del felino, dejando a la población nativa una superficie insignificante y para nada segregada.

Ahora bien, esta afirmación, inobjetable desde el punto de vista empírico, nos obliga a formular una nueva pregunta cuya respuesta nos permite poner en perspectiva a la segunda mitad del siglo XX: ¿Cómo se comportó la mezcla habitacional entre nativos y migrantes en las décadas que siguieron a 1970?

Para responder este interrogante debemos recurrir al índice de diferencia (*Id*). Cuando nos propusimos esa tarea para los sesenta, los resultados mostraban una realidad cristalina: un índice de 18 avisaba de una fuerte mezcla habitacional entre nativos y migrantes, pero fundamentalmente de la escasa utilidad del concepto de *Ghetto* para interpretar la realidad neuquina (Perren, 2006). Lo sucedido para el periodo siguiente pareciera reforzar, con ligeras variantes, el cuadro delineado en los primeros momentos de la etapa provincial. Pese a la fuerte concentración de los migrantes en los nuevos vecindarios periféricos de la ciudad, la diferencia habitacional entre estos dos grandes agregados disminuyó hasta orillar los 12 (Cuadro 1). Mucha importancia tuvo allí el peso de los migrantes dentro de la población y, resultado de ello, su fuerte presencia en cada uno de los espacios que conformaban a la ciudad. A mucha distancia del umbral de 30, límite a partir del cual podríamos señalar una realidad de segregación, el resultado de este ejercicio demuestra que el origen migratorio general no es la principal variable a la hora de examinar la distribución espacial de la población.

Pero si el clivaje entre nativos y migrantes nos dice poco sobre la ubicación de la población en el tejido urbano: ¿Qué podríamos señalar sobre la pertenencia a un determinado estrato social? Según vimos en los apartados anteriores, detrás de una apariencia de convivencia, se ocultaba una realidad de segregación social. Para medir esta situación habíamos calculado el *Id* entre quienes ocupaban los eslabones más fuertes del empleo no manual y quienes sobrevivían en el fondo de la clasificación ocupacional. Un índice cercano a 80 nos ponía frente a una ciudad que, aunque conservaba muchas de sus rasgos territorianos, no estaba a salvo de las profundas fracturas que caracterizaban a las sociedades modernas. Los resultados obtenidos para el periodo 1970-1990 parecieran ir en la misma dirección. Por más que Neuquén había actualizado su infraestructura de servicios, acercando los vecindarios periféricos al centro de la ciudad, la distancia entre sectores acomodados y populares seguía siendo más importante que la que separaba a nativos y migrantes. Una segregación alta,

cercana a 75, habla muy bien de una tendencia de largo plazo que atraviesa a la segunda mitad del siglo XX (Cuadro 2). Aun cuando la ciudad aceleró los tiempos de su urbanización, los criterios que utilizábamos para comprender su distribución durante los sesenta no perdieron actualidad: al igual que en los primeros años de la provincia, el cruce entre rango ocupacional y lugar de residencia permitía predecir, en gran medida, la disposición de la población sobre el tablero urbano.

Cuadro 2. Índice de diferencia para diferentes sub-poblaciones. Neuquén (1960-1991).

<i>Id por barrios y vecindarios</i>	1960-1969	1970-1990
Población nativa y migrantes	17,7	11,9
Estratos superiores e inferiores	78,3	74,1

Fuente: Actas Matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil del Neuquén

Esta continuidad, que pareciera hacer oídos sordos a la complejización de la ciudad, nos obliga a hacer una nueva pregunta: ¿Acaso las consecuencias derivadas de la distancia entre ricos y pobres había cambiado con el paso del tiempo? La centralización habitacional en el “pueblo chico” de mediados de siglo se relacionaba con un nivel social superior. La “puerta de oro del sur”, en cambio, presentaba algunos de los rasgos advertidos por los sociólogos de Chicago para el caso norteamericano (una población heterogénea en términos sociales y culturales, una periferia en rápida expansión, una diferenciación espacial evidente y los servicios públicos había acortado la distancia entre el casco antiguo y los barrios tradicionales). Todas estas características convivían con discursos que se esmeraba en mostrar los efectos no deseados de la rápida urbanización neuquina. Algunas imágenes transmitidas por los medios de comunicación daban cuenta de una atmósfera de “decadencia” que tenía al damero original de la ciudad como objeto privilegiado. Después de todo, la decisión de establecer allí el grueso del comercio capitalino, así como todas las oficinas de la administración pública, había vuelto habitual ciertas prácticas que desafiaba su “habitabilidad”¹⁹. Una mirada superficial de esta realidad podría llevarnos a una

¹⁹ La proliferación de la mendicidad infantil era una de ellas. Haciendo uso de un impresionismo descarnado, los testigos alertaban sobre estos “hijos de nadie” que “vagaban sin razón (...), metidos en bares y sucios bodegones, pidiendo una (moneda) que a veces no les dan” y “conocen por escuela la calle y saben que son hijos del rigor” (AHPN, *Ecos Neuquinos*, Neuquén, 12 de septiembre de 1969, p. 4). El incremento de las actividades delictivas, detalladas con paciencia en las columnas policiales de los

conclusión alineada con los supuestos de Burgess: al mismo tiempo que los testigos contemplaban maravillados el crecimiento de Neuquén, la aparición de nuevas situaciones ponía límites a ese clima de optimismo generalizado. Las implicancias de esta percepción son, a esta altura del relato, bien conocidas: el deterioro del centro de la ciudad pudo servir de base a un desplazamiento de los sectores más acomodados hacia espacios recientemente urbanizados, en un proceso que reconocía antecedentes en numerosas ciudades de rápido crecimiento.

No obstante, un estudio de la información contenida en las actas matrimoniales indica una importante continuidad de la estructura socio-ocupacional de la ciudad. Más allá del innegable impacto de las transformaciones del paisaje urbano, lo cierto es que la participación de los estratos superiores seguía disminuyendo conforme tomamos distancia del centro. Y, al igual que en los años sesenta, el grupo migratorio más alfabetizado (los llegados de otras provincias argentinas) estaba más centralizado que los restantes. En caso de disminuir la escala de observación, las implicancias del modelo de asentamiento permanecían inmutables: al interior de cada uno de los grandes flujos migratorios, las personas ocupadas en los empleos más prestigiosos se concentraban en las manzanas céntricas en mayor medida que otros migrantes del mismo origen. El caso de los chilenos en Neuquén puede que nos brinde algunas pistas sobre este particular. Su escaso nivel de instrucción, relacionado con el origen rural de esta corriente, se reflejaba en una bajísima tasa de centralización: entre 1970 y 1990, sólo el 6% de quienes contraían nupcias anotaban como domicilio a algunas de las manzanas del damero original. No muy diferente era la situación de quienes llegaban del interior neuquino. Con un 11% de la población habitando en ese cuadrante de la ciudad, estaba muy lejos del 24% presentado por los nativos y, mas alejado aun, del 30% de los provenientes de otras provincias argentinas.

De un análisis del nivel ocupacional para los diferentes barrios neuquinos salta a la vista no sólo una significativa segregación, sino también la permanencia de ese esquema de zonas concéntricas que invertía la lógica sugerida por Burgess. Como advertíamos en los sesenta, el nivel social de los habitantes disminuía a medida que realizamos un movimiento “hacia fuera”. Los profesionales y quienes se desempeñaban en empleos no manuales altos alcanzaban su pico en los distritos centrales, disminuían sensiblemente en los barrios cercanos y alcanzaba su mínimo en los asentamientos que

principales diarios de la región, fue otro elemento que dibujaba un panorama que, en el mejor de los casos, había perdido el pacífico aspecto de antaño

se abrían paso en la periferia neuquina. En la vereda opuesta encontramos a las ocupaciones manuales de menor calificación: su escasa participación en el centro de la ciudad era compensada por una abundancia en los espacios de más reciente urbanización. Tal vez la única excepción al modelo de sucesión de áreas haya sido el cinturón de barrios situados entre los nuevos asentamientos del oeste de la ciudad y la antigua colonia agrícola Valentina, donde la edificación de complejos oficiales tuvo como principales beneficiarios a quienes se ocupaban en empleos no manuales bajos. De todos modos, esta experiencia no es suficiente para invalidar una tendencia que tenía a la proximidad al centro como mejor indicador para medir la calidad del empleo y las ventajas de la zona (Moya, 2004: 176).

Cuadro 3. Distribución ocupacional en los extremos de la estructura ocupacional y lugar de residencia. Neuquen, 1970-90

	BARRIO	Estr. inferiores	Estr. superiores	A/B
1	CUMELÉN	3,3	23,3	0,1
2	CENTRO	5,1	21,3	0,2
3	ALTA BARDA	9,1	30,3	0,3
4	S.GENOVEVA	13,6	36,4	0,4
5	V. FARRELL	9,3	15,0	0,6
6	NUEVO	12,2	10,8	1,1
7	V.FLORENCIA	14,0	6,5	2,2
8	BELGRANO	12,8	5,0	2,6
9	MORENO	20,0	7,5	2,7
10	SAPERÉ	23,7	7,9	3,0
11	SIRENA	18,6	5,2	3,6
12	SAN LORENZO	24,4	6,7	3,6
13	VILLA MARIA	12,9	3,5	3,7
14	VALENTINA	19,3	4,5	4,3
15	CONFLUENCIA	41,1	5,0	8,2
16	CEFERINO	38,7	3,2	12,1
17	ISLAS MALVINAS	40,6	3,1	13,1
18	DON BOSCO	30,0	2,2	13,6
19	LIMAY	30,4	2,2	13,8
20	BOUQUET	25,8	1,3	19,9
21	PROGRESO	34,3	1,2	28,6

Fuente: Actas de la Dirección Provincial de Registro Civil de Neuquen.

La continuidad de este criterio maestro, muy útil para explicar la radicación de la población, no debería confundirse con una ecología urbana inmutable. Lejos de eso, el periodo 1970-1990 muestra interesantes variantes que nos obligan a enriquecer el modelo de un centro y dos franjas contiguas. Comencemos por las manzanas que conformaban el trazado original. En la década de 1960, esta zona presentaba dos características que la distinguían del resto de la ciudad: al tiempo que concentraba una elevada proporción de profesionales, albergaba una menor cantidad de trabajadores manuales de escasa calificación. Los veinte años que siguieron fueron testigos de un proceso que permitió exportar este perfil a otros espacios. La lenta ocupación de los solares céntricos derivó en la incorporación de nuevos sectores, muchos de cuales habían sido planificados en los primeros años de vida provincial, pero por diferentes razones habían ingresado en un prolongado paréntesis. Aunque las publicidades de la época ofrecían lujosos departamentos en el corazón de la zona bancaria, la abundancia de tierras en las cercanías del centro facilitó la expansión de la ciudad en un sentido

horizontal. Claro que estos loteos, realizados entre quince y treinta cuadras del centro geográfico de la ciudad, no significación una estampida hacia la periferia, como imaginaban los sociólogos norteamericanos. Los generosos planes de pago, una infraestructura extendida y su cercanía respecto al casco histórico sirvieron de base a una apresurada ocupación de algunos antiguos barrios así como de espacios que hasta entonces eran sólo descampados. Sin perder esa apariencia chata, desafiada ocasionalmente por algún edificio de envergadura, el centro fue llenando sus casilleros vacíos y esto obligó a los migrantes de mejor posición a rastrear nuevas opciones. Este fenómeno nos permite comprender cómo sectores como Villa Farrell, Alta Barda, Cumelen o Santa Genoveva replicaron las características socio-ocupacionales del Centro, tomando distancia de lo sucedido en la periferia de la ciudad.

A continuación de esta suerte de “centro extendido” se levantaba un primer anillo de la ecología urbana neuquina. Esta franja estaba compuesta por una larga lista de barrios que presentaba una menor cantidad de profesionales (nunca superior al 10%) y una proporción de trabajadores manuales que oscilaba entre 10 y 25%. En este rango encontramos algunos de los barrios más antiguos de la ciudad, totalmente consolidados desde el punto de vista urbanístico, pero también a otros que aparecían en los sesenta como asentamientos precarios (Villa Maria o la Sirena). Mientras los primeros prosiguieron su lenta integración al tejido de la ciudad, los mas rezagados fueron objeto de un acelerado proceso mejoramiento que suavizó esa imagen de “campamento provisorio”.

Con una insignificante participación de quienes se empleaban en el vértice superior de la pirámide profesional, los vecindarios nacidos a mediados de los setenta se comportaban como el segundo anillo de la arquitectura urbana neuquina. A cierta distancia de lo sucedido en el área de más antiguo asentamiento, en esta zona encontramos un significativo peso de los trabajadores menos calificados que oscila según el barrio entre 25% y 40% de la población (Cuadro 5). Esta “nueva periferia”, nacida en los bordes mismos de la ciudad, constituía un verdadero desierto en materia de servicios públicos. En un informe elevado al poder ejecutivo, los técnicos de la municipalidad destacaban las “pocas viviendas que estaban conectadas con medidores a las redes existentes” y, al mismo tiempo, llamaban la atención sobre la proliferación de líneas “conectadas clandestinamente”²⁰. El acceso al agua no era mejor que el de los

²⁰ AHMN, *Asesoría técnica...* op cit, f° 14.

vecindarios periféricos de los sesenta: sólo un puñado de familias “contaban con una provisión de agua domiciliaria” y para la gran mayoría de la población “el abastecimiento se hacía con canillas publicas”²¹. La existencia de letrinas en todas las viviendas y la evacuación de aguas servidas “a patios, zanjas o calles por superficie” creaban un ambiente con escasas condiciones de higiene²². La prolija grilla del centro de la ciudad era reemplazada por una sinuosa trama de caminos que debía sortear los desagües pluviales a cielo abierto y las lagunas dejadas por las periódicas lluvias.

Un recorrido a vuelo de pájaro por la ecología urbana neuquina nos indica una continuidad básica: mas allá de las transformaciones que sacudieron a la ciudad entre 1960 y 1990, el centro conservaba su prestigio frente a los restantes espacios suburbanos. Las consecuencias de este comportamiento son fáciles de deducir. Neuquén experimentó un movimiento poblacional hacia fuera, usando la metáfora de Moya, pero difícilmente podríamos derivar de eso una “estampida” hacia la periferia (2004: 185). Los protagonistas de la ocupación de las nuevas tierras suburbanas no fueron quienes ocupaban la parte alta de la clasificación ocupacional. Por el contrario, y como ya insinuamos, las áreas suburbanas albergaban al grueso del trabajo manual y, en menor medida, al eslabón mas débil del trabajo no manual. En síntesis, podríamos decir que, detrás de esa imagen de decadencia que la prensa deslizaba con insistencia, se ocultaban dos elementos imprescindibles para comprender la lógica de la radicación en la ciudad: la cercanía al centro era un indicador fiable de la consolidación del tejido urbano y, como consecuencia de esto, los pobres seguían siendo más numerosos en los bordes que en el centro.

Los migrantes en el microscopio. Patrones habitacionales de los diferentes grupos en “La Gran Puerta del Sur”

Todas aquellas tendencias que advertíamos en los sesenta, tendieron reforzarse con la expansión de la ciudad. Atrapar esta realidad nos obliga a recurrir a los índices de concentración (Ic). Este indicador vincula la presencia de una sub-población con la distribución que ésta tendría si su instalación fuera aleatoria.

El análisis de la población migrante en la ciudad de Neuquén sigue mostrando, al igual que en los sesenta, que los tres principales grupos presentaban una mayor

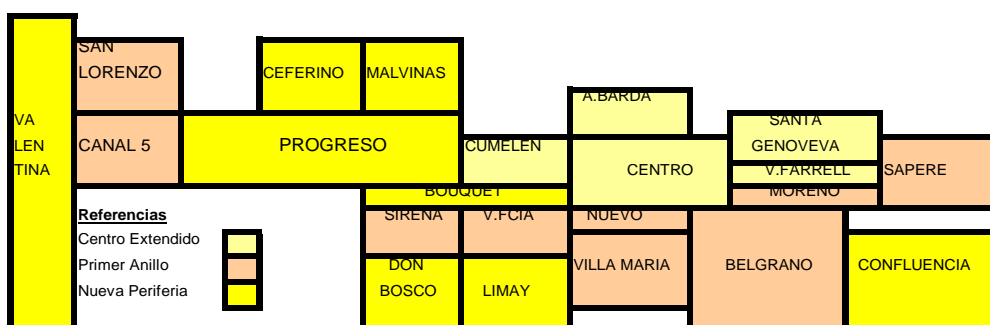
²¹ AHMN, Asesoría Técnica..., op cot, f° 14.

²² AHMN, Asesoría Técnica..., op cot, f° 14.

concentración en ciertas secciones de la ciudad. Los migrantes de otras provincias tendieron a agruparse en los barrios que conformaban el “centro extendido”. A esa sobrerrepresentación se correspondía una menor presencia en los barrios que conformaban el primer y el segundo anillo. Es interesante observar cómo la presencia de los migrantes de otras provincias perdía intensidad conforme nos alejamos de las áreas más consolidadas de la ciudad, donde las redes de servicios eran menos densas y predominaban las ocupaciones escasamente calificadas. No estaría mal si dijéramos que en el cruce de su elevado grado de instrucción y un origen mayormente urbano, ambos traducibles en una mejor posición socio-ocupacional, encontramos una llave para explicar el comportamiento centralizado de este grupo. Así, queda establecida una sucesión de grises que perdía en intensidad conforme tomamos distancia del centro: si en el primer anillo el *Ic* se aproximaba a 0,9, en las barriadas que conformaban el segundo anillo disminuía hasta ubicarse en un deslucido 0,7 (Cuadro 8).

El patrón de asentamiento de la población nativa no exhibió cambios significativos en las décadas que siguieron a 1970. Como es lógico imaginar, en una ciudad de repentino crecimiento, los neuquinos tendieron a ubicarse en los sectores más antiguos y, sobre todo, en los barrios que conformaban el primer anillo de la ciudad. En tiempos más recientes, la norma pareciera ser la mayor presencia de los hijos de quienes habían llegado durante el *boom demográfico* de mediados de siglo y, consecuencia directa de esto, la paulatina desaparición de hijos de los migrantes transoceánicos. En el segundo anillo su concentración descendía hasta llegar a 0,9. El centro neuquino muestra, por su parte, una concentración de 1. Esto significa que los nacidos en la capital, tal como sucedía a mediados de siglo, presentaban una distribución similar a la del total de la población en ese sector de la ciudad.

Esquema de la ecología urbana de la ciudad de Neuquen (1970-90)



Entre los migrantes llegados del otro lado de los Andes distinguimos una realidad completamente diferente. A la misma distancia del comportamiento

centralizado de los migrantes de otras provincias y de la equidistribución de los nativos, su concentración en el espacio de antiguo poblamiento era considerablemente baja (0,3). En los barrios más consolidados de la ciudad, que por comodidad incluimos en el primer anillo, la situación había cambiado levemente: un *Ic* de 1 nos advierte sobre la creciente concentración de los chilenos en los espacios más antiguos de la ciudad. Dos factores ayudan a entender este comportamiento. Si, por un lado, es probable que los migrantes trasandinos hayan adquirido algunas de las parcelas que el mercado inmobiliario ofrecía en los barrios de mayor expansión (en especial *El Belgrano*); por el otro, no deberíamos descartar la posibilidad que la radicación en el primer anillo haya sido el punto de llegada de un prolongado itinerario por la ciudad. La extinción del asentamiento temporal ligado al calendario agrícola y el reforzamiento de comportamientos urbanos son fundamentales para explicar la aparición de trayectorias de más largo aliento. De todos modos, la mayor presencia trasandina en los barrios del primer anillo no es suficiente para torcer esa tendencia que asociaba a este flujo con los asentamientos más alejados del Centro. De ahí que en la “nueva periferia” el *Ic* de los chilenos se dispare a niveles extraordinarios (1,8), mostrando una *performance* superior a los sesenta y a la altura de los indicadores de los migrantes de otras provincias en el centro de la ciudad.

Como dijimos anteriormente, la fuerza de los indicadores pareciera coincidir con una percepción general que no dudaba en calificarlos como “barrios de chilenos”. Puede que el “Sector 5” del barrio Progreso traiga luz sobre la significativa presencia de los migrantes trasandinos en los nuevos vecindarios de la periferia neuquina. En un relevamiento realizado a mediados de los ochenta, los técnicos de la Municipalidad de Neuquén descubrían que de la mitad de los residentes adultos de este asentamiento habían nacido allende la cordillera²³. Este espacio, que sumaba más de un millar de habitantes, sólo contaba con cuarenta estudiantes secundarios y una persona cursando sus estudios universitarios²⁴. Al mismo tiempo, el origen rural de la población y el escaso nivel de instrucción se reflejaba en una estructura ocupacional donde sobresalían los trabajadores manuales y, en especial, quienes se empleaban en el mundo de la construcción. A modo de muestra, podríamos decir que de la mano de obra disponible, cerca de quinientos trabajadores, más de doscientos oficiaban de albañiles, pintores,

²³ AHMN, *Asesoría técnica...* op cit, f° 14.

²⁴ AHMN, *Asesoría Técnica...*, op cot, f° 14.

plomeros o cloaquistas²⁵. Aunque conformaba una pequeña franja de tierra de poco peso demográfico, nos brinda algunas pistas sobre la concentración de los migrantes chilenos en algunos sectores de la nueva periferia. De todos modos, y pese a estas cifras, nos parece mas adecuado pensarlos como asentamientos -abiertos y siempre lugar de residencia de diversos grupos migratorios-, más que como un espacio segregado y cerrado sobre si mismo.

**Cuadro 8. Indice de concentracion por lugar de nacimiento.
Neuquen, 1970-1990.**

	Nativos	Chilenos	Int. Neuq.	Otras prov.
CENTRO	1,0	0,3	0,6	1,3
PRIMER ANILLO	1,1	1	1,1	0,9
SEGUNDO ANILLO	0,9	1,8	1,3	0,7

Fuente: Elaboracion propia en base a las actas de matrimonio del Archivo de la Direccion Provincial de Registro Civil de Neuquen.

Si los migrantes de otras provincias y los trasandinos conservaron los mismos patrones de asentamiento, ¿Qué podríamos decir de los llegados del interior provincial? Tomando distancia del patrón de asentamiento de los sesenta, bastante cercano a la equidistribución, este conjunto de migrantes tendió a concentrarse en los espacios menos consolidados de la ciudad. Es posible que esta situación se relacione con la menor intensidad del flujo nacido en los departamentos de mayor atraso relativo. Cuando la provincia daba sus primeros pasos, el éxodo del interior era considerable y su solución era un tópico repetido de la retórica planificadora oficial. Conforme el estado provincial fue extendiendo sus brazos sobre el territorio neuquino, la cantidad de migrantes de este origen fue disminuyendo. La creación de empleos públicos en las comarcas cordilleranas hizo de la movilidad una alternativa sólo para quienes sobrevivían en los márgenes de estas sociedades rurales. Esta situación favoreció el traslado de una población de escasa instrucción que se ocupó en los eslabones más débiles de la estructura ocupacional. El patrón de asentamiento de los migrantes del interior provincial podría sintetizarse de la siguiente manera: mientras en el casco original de la ciudad encontramos una proporción menor a la esperable, en el primer anillo su participación era igual al porcentaje de la población radicado en el sector (1,1) y en los barrios del segundo anillo su presencia era bastante más intensa (1,3).

De este recorrido por los *Ic* de los diferentes grupos migratorios surge un dato difícil de cuestionar: los patrones advertidos hacia mediados del siglo XX gozaban, en las décadas de los setenta y ochenta, de una salud envidiable. Los migrantes llegados de Chile y del interior provincial seguían siendo el par mas unido desde un punto de vista

²⁵ AHMN, Asesoría Técnica..., op cot, fº 14.

espacial entre las seis combinaciones posibles. La procedencia rural de ambos flujos se tradujo en una inserción en los empleos menos calificados de la estructura ocupacional y, como consecuencia, en un asentamiento en el segundo anillo de la ciudad. Esta coincidencia habitacional era fácilmente traducible en espacios de sociabilidad compartidos que pudieron favorecer la formación de parejas “mixtas”. En esta *homogamia social*, que no debe confundirse con una *exogamia*, encontramos un mecanismo que estimulaba la integración de los migrantes a un escenario donde su universo relacional no era un reflejo automático de las pautas pre-migratorias.

Cuadro 4. Segregación habitacional entre los principales grupos migratorios. Neuquén (1970-1990)

	NATIVOS	OTRAS PROV.	INTERIOR	CHILE	MEDIA
NATIVOS	(-)	(-)	(-)	(-)	24,1
OTRAS	16,1	(-)	(-)	(-)	26,4
INTERIOR	20,3	26,4	(-)	(-)	23,8
CHILE	35,8	36,6	24,7	(-)	32,4

Fuente: Actas Matrimoniales de la Dirección Provincial de Registro Civil.

Nota: Ver Cuadro 3.

Los migrantes de otras provincias conservaban, al igual que los chilenos, una relativamente alta segregación, sólo que en este caso inversa: si los llegados del otro lado de los Andes estaban sobrerrepresentados en la nueva periferia, los primeros presentaron, desde muy temprano, un comportamiento centralizado. Un *Id* superior a 36 es dato que brinda evidencia adicional sobre la enorme distancia socio-espacial entre ambos flujos migratorios. El par formado por los migrantes interprovinciales y los nacidos en la ciudad se encuentra, en cambio, en las coordenadas opuestas. Un *Id* bajo, que apenas alcanzaba 16, habla muy bien de un fuerte contacto con la población nativa, cuya inmensa mayoría habitaba en las manzanas del “centro extendido” y, dentro de éste, en las que daban forma al trazado original de la ciudad. Cifras como estas, si bien no explican por sí solas la existencia de redes posmigratorias relacionadas con el lugar de residencia, nos avisan de un terreno donde es probable que se hayan desarrollado.

Algunas palabras finales y apuestas a futuro

Luego de analizar los patrones residenciales de diferentes grupos migratorios, podríamos utilizar a Neuquén como un laboratorio donde evaluar la capacidad explicativa de fórmulas de probada eficacia en otros escenarios. La particular distribución de la población en los límites de la ciudad, nos ofrece evidencia para cuestionar un supuesto defendido por el “pluralismo cultural”. Este encuadre resaltaba

la importancia que la interacción tenía en la elección de un destino en lugar de muchos otros. Esa valiosa preocupación presentaba, sin embargo, un defecto esencial: toda vez que las relaciones forjadas en los escenarios de partida eran trasplantadas a los espacios de recepción, disminuían las chances de explorar las relaciones que los migrantes establecían con otros actores sociales. Así, el *paese* cruzaba el Atlántico para convertirse en *ghetto* o bien en asociaciones étnicas de considerable dimensión.

Esta mirada, atenta al universo relacional de los migrantes, fue trasladada al análisis del espacio. Este último jugaba un papel muy importante en la difusión de la información y la ayuda a los potenciales migrantes en las áreas de partida. Nada de ello, sin embargo, sucedía en las regiones receptoras. La única garantía para lograr una óptima inserción laboral y edificar una trayectoria social ascendente, se localizaba en la continuidad de las relaciones previas al traslado. El vínculo entre ambos aspectos podía resumirse a un razonamiento sencillo: cuanto menor sea este “capital social”, menores serían las posibilidades de integrarse a la sociedad receptora, potenciando los efectos del desarraigo. El espacio, en el marco de esta interpretación, se comportaba como una variable dependiente del universo relacional y, por esa razón, no tenía influencia alguna en el desarrollo de nuevos tipos de sociabilidad.

Esta lectura no deja de presentar problemas, muy complicados de resolver en el plano teórico: útil para describir el primer tramo de la experiencia migratoria, muestra dificultades a la hora de sumergimos en procesos de más largo aliento. El caso neuquino, aunque alejado en tiempo y espacio del centro de la discusión, nos obliga a desechar ese supuesto con tanta fuerza como otras investigaciones recientes (Auyero, 2001 o Merklen, 2000). Como intentamos demostrar, la trama de relaciones tejida en los lugares de llegada tuvo en la cercanía espacial uno de sus condicionantes básicos (Otero y Pellegrino, 2005: 46). Parece lógico suponer a la experiencia migratoria como un *turning point* o, lo que es igual, un quiebre en la trayectoria vital del migrante (Freidin, 2001: 63). No se trataba de una ruptura definitiva, pero llevaba consigo una metamorfosis en materia de sociabilidad. Aunque las redes de paisanaje no se esfumaron en el nuevo contexto, ellas no conformaban el único capital a disposición de los migrantes. La semejanza de los patrones residenciales de algunos grupos migratorios -especialmente chilenos y migrantes provenientes del interior provincial, pero también la población nativa y quienes llegaban de otras provincias- nos pone frente a mecanismos relacionales cuyo impacto va más allá de la incorporación del migrante al mercado laboral y al tejido de la ciudad.

Pero, a partir de esta constatación, restaría formular una última pregunta: ¿Podríamos tildar al Neuquén aluvional como una versión patagónica del *melting pot* germaniano? Las respuestas a este interrogante pueden ser dos. Si esto significa el desarrollo de un proceso de integración cultural que trazó una identidad neuquina excluyente, la única respuesta posible es desde luego negativa. Si, en cambio, pensamos que los barrios y vecindarios funcionaron como espacios de intercambio cultural y como mercados matrimoniales no necesariamente “endogámicos”, la contestación puede adquirir un nuevo sentido. Esos espacios, que albergaban a los estratos inferiores de la clasificación ocupacional, fueron objeto de un “crisol por debajo”, usando la inteligente categoría creada por Otero y Pellegrino, que se encuentra en la base de la formación de los sectores populares neuquinos. Algo no muy diferente podríamos decir del área central de la ciudad. Si bien no distinguimos allí un tejido asociativo tan denso, podemos mencionar la existencia de espacios de sociabilidad que estimularon procesos de intercambio cultural. En esas manzanas, donde existía una fuerte concentración de los migrantes de otras provincias y una importante porción de la población nativa, es probable que haya funcionado un “crisol por arriba” que acentuó el carácter dual de la ciudad. Una afirmación de este calibre nos obliga a formular preguntas que no dejan de ser estimulantes: ¿Cuáles fueron las pautas matrimoniales seguidas por los migrantes? ¿Podemos hablar, en escenarios donde fue importante la migración interna, de endogamia o exogamia? ¿Cuál fue el impacto de la particular ecología urbana neuquina en las dinámicas asumidas por el mercado matrimonial?, o ¿Cuál fue la fuerza de la homogamia social en un espacio que tenía en el estrato ocupacional como variable condicionante del asentamiento en la ciudad?

Anexo Metodológico.

Índice de diferencia:

El Índice de diferencia (Id) representa el porcentaje de un grupo que debería mudarse para lograr una segregación total con respecto a otro grupo. Los valores oscilan entre 0 (integración total) y 100 (segregación total). La fórmula para calcular el índice de diferencia: $Id = \frac{1}{2} S (X_i - Y_i)$. X_i es la proporción de todos los miembros de cualquier grupo que reside en un área de la ciudad e Y_i la proporción de los miembros de un segundo para el mismo sector. (MOYA, 2004: 150).

Índice de concentración:

El índice de concentración resulta de dividir la proporción de personas de un grupo dado en cada sección por la proporción de personas del mismo grupo en el total de la ciudad. Cuando ambas sumas son iguales

el indicador tendrá un valor de 1. Los valores menores a 1 indican una menor presencia de un grupo que la esperable y los mayores de 1 muestran un mayor grado de concentración. (OTERO y PELLEGRINO, 2004).

Bibliografía.

AUYERO, Javier (2001), *La política de los pobres. Las practicas clientelares del Peronismo*, Buenos Aires, Manantial.

DA ORDEN, Maria Liliana (2005), *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina Moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*, Buenos Aires, Biblos.

DUNCAN, O. y DUNCAN, B.(1955), "Methodological analysis of segregation index", *American Sociological Review*, no. 20.

FREIDIN, Betina (2001), "El uso del enfoque biográfico para el estudio de experiencias migratorias femeninas" en SAUTU, Ruth (Comp.), *El método biográfico*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Belgrano.

GERMANI, Gino (1955), *Estructura social en la Argentina*, Buenos Aires, Raigal.

_____ (1962), *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Eudeba.

_____ (1963), 'La movilidad social en la Argentina', en LIPSET, Seymour y BENDIX, Reinhart, *Movilidad social en la sociedad industrial*, Buenos Aires, Eudeba.

GRIBAUDI, Mauricio (1987), *Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au debut du XX siècle*, EHESS, Paris.

MERKLEN, Denis (2000), "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre la sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90", en SVAMPA, Maristella, *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Buenos Aires, Biblos.

MOYA, José (2004), *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Buenos Aires, Emece.

OTERO, Hernán y PELLEGRINO, Adela (2004), "Compartir la ciudad. Patrones de residencia e integración de inmigrantes en Buenos Aires y Montevideo durante la inmigración masiva", en OTERO, Hernán (Dir.), *El mosaico Argentino. Modelos y representaciones del Espacio y de la población, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Siglo XXI.

PERREN, Joaquín (2006), "Cuando llegamos a la ciudad" Migraciones y patrones residenciales en el Neuquen aluvional, CD de *XX Jornadas de Historia Económica*, Asociación Argentina de Historia Económica, Universidad de Mar del Plata.

_____ (2007), "Hacer la América en la Patagonia" Los migrantes bajo la lupa de la comparación, en MASES, Enrique y GALLUCCI, Lisandro (Ed.), *Historia de los trabajadores en la Patagonia*, Neuquén, EDUCO.

VAPNARSKY, Cesar y PANTELIDES, Edith (1987), *La formación de un área metropolitana en la Patagonia. Población y asentamiento en el Alto Valle*, Buenos Aires, CEUR.

VAPÑARSKY, Cesar (1995), "Primacía y macrocefalia en la Argentina: la transformación del sistema de asentamiento humano desde 1950", *Desarrollo Económico*, Buenos Aires, IDES, vol. 35, n 138.

Fuentes documentales relevadas.

- Archivo Histórico de la Municipalidad de Neuquén: Gestión de Gobierno y Libros Copiadores.
- Archivo de la Dirección de Registro Civil de Neuquén: Libros de actas matrimoniales (1960-1990).
- Honorable Consejo Deliberante de la Ciudad de Neuquén. Ordenanzas varias.